

nes políticas, encaminadas á proteger cuanto la antigüedad había transmitido. Un siglo después, Aristóteles, aunque sin desconocer la insuficiencia y defectos de la teoría del Νοῦς en su aplicación y desenvolvimiento, comparando á Anaxágoras con los ilusos soñadores que le habían precedido, le consideraba como un investigador sobrio y reflexivo ¹⁾. Anaxágoras, en efecto, tendía en sus investigaciones á explicarse claramente los fenómenos naturales, y remontándose como todo naturalista á las últimas causas, ó en otros términos, agotando toda serie de causas y de efectos físicos antes de recurrir á explicarlos por el impulso espiritual, procuró explicar cuanto pudo por medio de su teoría del movimiento circular, y sólo en último extremo apelaba á la acción del Νοῦς, como los trágicos no se servían del *Deus ex machina* sino cuando ya no podían desatar el nudo de la acción.

Aunque *Diógenes* de Apolonia (en Creta) no puede compararse como filósofo á Anaxágoras, su contemporáneo, es sin embargo demasiado importante por sus escritos acerca de la naturaleza para que le podamos pasar en silencio. No fué maestro ni discípulo de Anaxágoras, y más que á establecer principios propios se dedicó á propagar las principales teorías de Anaximenes. Diógenes comenzaba su obra, escrita en dialecto jónico, con la siguiente recomendable máxima: «Al comienzo de cada discurso débese sentar franca y claramente la tesis, para desarrollarla después de una manera sencilla y seria» ²⁾. Profesaba el principio sustentado por todos los físicos anteriores á Anaxágoras, de que todas las cosas no son sino formas diversas de la misma sustancia primitiva, y demostrábalo diciendo que si de otro modo fuese, no podría una cosa nacer ó nutrirse de otra. Esta sustancia primitiva considerada por los antiguos como principio de vida, era para Diógenes, como para Anaximenes, el aire; y para demostrar esta tesis servíanle de prueba no sólo los fenómenos naturales, sino también el alma humana, la cual, según la psicología popular de los antiguos, era un soplo, esto es, aire (ψυχή). Diógenes descendía á mil pormenores en sus explicaciones de los

¹⁾ Aristóteles, *Metafísica*, A. 3, p. 984, edic. Berolini οὐκ ἔστιν ἄλλο ἐξ ἑαυτοῦ ἐξ ἑαυτοῦ λέγοντας τοὺς πρότερον.

²⁾ Λόγου παντὸς ἀρχόμενον δοκεῖ μοι χρεῶν εἶναι, τὴν ἀρχὴν ἀναμφισβήτητον παρέχουσιν, τὴν δὲ ἐρμηνεῖν ἀπλήν καὶ σεμνήν. Diógenes Laercio, 6, 81; 9, 57. Diógenes de Apolonia, fragm. ed. Fr. Panzerbieter (Lipsiae, 1830), fragm. 1.

fenómenos físicos; estudiaba sobre todo el organismo humano, y daba pruebas de poseer no sólo conocimientos bastante extraordinarios y notables para su época, si que también un espíritu crítico y polemista que se remontaba á las causas y resolvía las dudas con más acierto y entusiasmo que el mismo Anaxágoras. Por lo que hace al estilo, Diógenes se esforzaba por introducir en el lenguaje una más estrecha conexión de las ideas por medio de proposiciones periódicas; fuerza es decir, sin embargo, que este esfuerzo no alcanzó gran éxito, y que es muy difícil abarcar de una sola ojeada todos estos grupos de ideas ¹⁾.

Diógenes como Anaxágoras, vivió en Atenas y corrió, según se dice, los mismos peligros que éste. Debemos también mentar aquí, sobre todo por haber establecido su permanencia en Atenas, un tercer físico jonio de aquel tiempo, *Arquelao* de Mileto, que siguió en sus lucubraciones el camino abierto por Anaxágoras. Es evidente que no se trasladaron todos estos escritores á Atenas alentados por la esperanza de hacer progresos en sus estudios, puesto que éstos eran mirados con más antipatía que entusiasmo por los atenienses, los cuales no sólo los ridiculizaban aplicándoles el nombre de *meteorosofía*, sino que hasta los perseguían y los anatematizaban; era, por el contrario, el poderío que Atenas se había conquistado colocándose al frente de los aliados contra Persia y la opresión que sufrían los Estados del Asia Menor, lo que llevó á aquellos filósofos de Clazomene y de Mileto á la hermosa, rica y floreciente Atenas. Así, merced á estos acontecimientos políticos, los últimos frutos del movimiento intelectual de la Jonia, ya en decadencia, fueron llevados á Atenas, que aunque al principio los rechazó como manjares extraños, acabó por aceptarlos para asimilárselos á su modo y hacer surgir de ellos nuevas producciones.

Pero antes de que los atenienses estuviesen preparados suficientemente para este trabajo de asimilación, el espíritu especulativo habíase despertado en otras comarcas de Grecia, siguiendo derroteros nuevos, y los sabios atenienses de la siguiente época encontraron ya, al abordar estas cuestiones, gran número de

¹⁾ Especialmente en el fragmento de Simplicio en sus comentarios á la Física de Aristóteles, f. 32 b., fragm. 2 en Panzerbieter. [*Fragmenta philosoph. graec.* coll. de Mullach, t. 1, p. 254. Según la opinión de Simplicio el pasaje estaba inmediatamente después del comienzo: εὐδὲς μετὰ τὸ προοίμιον.]

experiencias sobre los resultados á que el espíritu humano llega por los caminos más diversos del raciocinio. Los *Eleáticos*, por ejemplo, aunque de estirpe jónica, se separaron completamente de sus compatriotas de las costas asiáticas, en sus disquisiciones filosóficas. Elea, llamada más tarde por los romanos Velia, era una colonia fundada en Jonia por los focenses hacia la 61.^a Olimpiada, 536 a. Chr., cuando animados por un noble sentimiento de libertad abandonaron á los persas su patria del Asia Menor y se vieron obligados, á causa de la inquina de los etruscos y de los cartagineses, á dejar también sus primeros establecimientos de la isla de Córcega. Verosímilmente *Jenófanes*, nacido en Colofon, se hallaba entre los fundadores de esta colonia, cuya fundación celebró en un poema épico de dos mil versos, como ya había cantado antes la de Colofon; con anterioridad hemos hablado de sus elegías ¹⁾. Habiéndose consagrado en su juventud á la poesía, Jenófanes no se dedicó á la filosofía hasta después de establecerse en Elea, dado que ni en sus teorías se descubren huellas de influencia jónica, ni encontraron eco entre los jonios, sino que sólo lograron arraigar en Elea. Todos los datos cronológicos conspiran á colocar la época de su florecimiento como filósofo, en Elea, entre la 65.^a y la 70.^a Olimpiada ²⁾. Pero hasta en sus obras filosóficas, Jenófanes conservó la forma poética. Su libro acerca de la naturaleza estaba escrito en el dialecto y en el metro épicos, y él mismo lo recitaba, al modo como lo hacían los rapsodas en las fiestas públicas ³⁾. Este abandono de las costumbres de los filósofos jónicos, de entre los cuales Jenófanes debía conocer por lo menos á Anaximandro y á Anaximenes, no se explica satisfactoriamente por el solo hecho de que el filósofo de Colofon estuviese acostumbrado á exponer en forma poética otros asuntos, sino que

¹⁾ Cap. X. El verso de Jenófanes, *πηλίκος ἦοῦσ' ὄσ' ὁ Μηῶος ἀφίκετο*; Ateneo, 2, p. 54, c, se refiere probablemente á la llegada del ejército de Ciro á la Jonia. [Véase sobre este particular la observación 7 de la pág. 200 del tomo I.]

²⁾ Infiérese así muy especialmente de que él menciona á Pitágoras [en Diógenes Laercio, 8, 36] y Heráclito y Epicarmo hablan de él. Evidentemente Jenófanes no vivió en Zancle (Diógenes Laercio, 9, 18) sino cuando esta ciudad fué jónica, esto es, desde el año 4 de la 70.^a Olimpiada (497 a. Chr.). También se dice que vivió bajo el reinado de Hieron, año 3 de la 75.^a Olimpiada (478 a. Chr.) (Clinton, *F. H.* ad ann. 477). [Acercas de la época del nacimiento de Jenófanes, véase H. Diels en el *Rhein. Museum*, vol. 31, p. 22 y ss. Lo verosímil es que naciera en la 50.^a Olimpiada.]

³⁾ *αὐτὸς ἐρράψωδαι τὰ ἔαμτοῦ*, Diógenes Laercio, 9, 18.

movióle sin duda á presentar sus ideas acerca de la naturaleza de las cosas de una manera más solemne y más pretenciosa que sus predecesores, una causa aún más importante: la exaltación del espíritu, invariablemente unida á los principios fundamentales de la filosofía eleática.

Jenófanes se colocó desde un principio en un punto de vista distinto del que habían adoptado los demás filósofos de la Jonia; porque mientras que estos últimos fundaban su sistema exclusivamente en la experiencia, él partía de la idea de la divinidad, y demostraba la necesidad de considerarla como un sér eterno é inmutable ¹⁾. La gran idea de un Dios eterno, siempre igual á sí mismo, infinito, todo espíritu y entendimiento ²⁾, aparecía en su poema como fundamento de la única verdadera sabiduría. «Á donde quiera que se dirige mi pensamiento, decía, siempre llega al Sér uno é inmutable; y todo cuanto existe, de cualquier modo que lo examine, se resuelve en una misma é idéntica naturaleza» ³⁾. Cómo conciliaba estas máximas con el testimonio de los sentidos, no lo sabemos sino muy imperfectamente; pero es indudable que la doctrina panteística de un Dios que comprende en sí todas las cosas, no aparece en sus obras con la fuerza de lógica y la precisión de ideas que encontraremos en su sucesor. Es, sin embargo, indudable, que todas las experiencias y las tradiciones no eran para él sino simples opiniones y verdades aparentes, y no vaciló en presentar como meros prejuicios las ideas antropomórficas de los griegos respecto de los dioses. «Si los bueyes y los leones, decía, tuviesen manos para pintar y para ejecutar

¹⁾ Véase principalmente Aristóteles (ó Teofrasto): *De Xenophane, Zenone et Gorgia*.

²⁾ Tal es lo que expresa el verso:

ὄλλος ὄρᾳ, ὄλλος δὲ νοεῖ, ὄλλος δὲ τ' ἀκούει.

Véase *Xenophanis Colophonii carminum reliquiae*, edic. S. Karstenic. Bruxelles, 1830, fragm. 2, p. 35.

³⁾ Tal pone Timon en boca de Jenófanes, en los *Sillos*, según Sexto Empírico, *Hypot.*, 1, 224 (*edic. Bekker, Berolini, 1842, p. 51), p. 118 de Karsten:

ὅππῃ γὰρ ἐμὸν νόον εἰρύσαιμι,
εἰς ἓν ταῦτό τε πᾶν ἀνελύετο, πᾶν δὲ ὄν (αἰ?) αἰεὶ
πάντῃ ἀνεκχόμενον μίαν εἰς φύσιν ἴστασ' ὁμοίαν.

La primera imagen está tomada de un viaje, la segunda de una balanza. [Véase C. Wachsmuth, *Timonis Phliasii reliq.*, p. 66, el cual en el segundo verso escribe δ'έόν.]

otras obras como los hombres, pintarían á los dioses con cuerpo y formas semejantes á las de ellos: los caballos como caballos y los bueyes como bueyes»¹). Homero y Hesiodo, los poetas que habían fijado y difundido estas ideas antropomórficas, eran para Jenófanes corruptores de la verdadera religión: estos poetas no se contentan con atribuir á los dioses cualidades y virtudes humanas, sino que «todo cuanto entre los hombres es vergonzoso y vituperable, el hurto, el adulterio, el fraude, Homero y Hesiodo lo han personificado en los dioses»²). Aquí vemos manifestarse abiertamente la discordia entre poetas y filósofos, que, como es sabido, continuaba enconada en la época de Platon.

Sigue á Jenófanes *Parménides* de Elea, que, como afirma Platon, nació hacia el año 2 de la 66.^a Olimpiada, y habitó algún tiempo en Atenas cuando contaba sesenta y cinco años³). A pesar de que Aristóteles no tiene por auténtica la tradición de que Parménides fué discípulo de Jenófanes⁴), es muy posible que le tratase en su juventud; siendo, por otra parte, indudable que en sus obras late el espíritu que inspiró las de Jenófanes, si bien más desarrollado y maduro. La existencia de un ser panteístico en que Jenófanes veía un puerto de refugio, un asilo seguro ante las dificultades metafísicas, no hallando otra salida en los tortuosos y laberínticos senderos del pensamiento, demostrábalas Parménides por medio de áridos argumentos sacados de la idea misma de su existencia. La dialéctica, que busca la verdad en las ideas, como el matemático el tesoro inagotable de sus conocimientos en las combinaciones de números y de figuras, apa-

¹) Clemente Alejandrino, *Stromateon*, 5, p. 601. Fragm. 6, p. 41 de Karsten. [Véase lo que acerca de este particular dice Aristóteles, *Poética* C. 25, página 1460, b, 36. Por lo demás, del fragmento 14 de Karsten, se infiere que Jenófanes no expuso sino como simplemente verosímiles sus opiniones acerca de los dioses.]

²) Sexto Empírico, *Adv. mathematic.*, 9, 193 (*Bekker, p. 431); Fragm. 7, p. 43, de Karsten. [Véase cap. VIII, pág. 134, nota 3.]

³) Parménides, de edad de 65 años, asistió con Zenon, que contaba entonces 40, á las grandes Panateneas (véase Platon, *Parmenides*, p. 127.) Sócrates (nacido el año 3 ó el 4 de la 77.^a Olimpiada) era entonces *σφόδρα νέος*, pero estaba ya en edad de tomar parte en las discusiones filosóficas; por consiguiente, contaba por lo menos unos 20 años. Es, pues, indudable que esta asamblea, si es que Platon no la inventó para sus fines filosóficos, no pudo verificarse antes del año 3 de la 82.^a Olimpiada.

⁴) [*Metafísica* A, 5, p. 986, b, 22.]

rece por vez primera en toda su brillantez, en Parménides. Desgraciadamente el hombre olvida á menudo, al tratar de conocer la realidad por medio de las ideas, que éstas no son más que formas creadas por el espíritu para clasificar y designar por ellas las cosas reales, y que por consiguiente toda combinación de ideas, como tales ideas, no podría ser aplicada á la realidad sino por vía de hipótesis¹). Ahora bien, toda la filosofía de Parménides descansa en la idea del ser, que en su más rigurosa acepción excluye en absoluto la creación y la muerte, como él mismo dice en estos magníficos versos²). «¿Cómo lo que es ha de poder llegar á ser? Si llegara á ser no sería, y tampoco sería si debiera ser. Así todo lo creado es destruído, y la muerte es inadmisibile.» Aunque la expresión de ideas abstractas en dialecto y metro épicos nos parece por demás extraña, el asunto y las formas de que ésta aparece vestida en Parménides están entre sí en perfecta armonía. La doctrina del sér único y universal que desenvolvió en todas sus lógicas consecuencias y á la cual sacrificaba en absoluto el testimonio de los sentidos, ofreciase á sus ojos como una sublime y santa revelación, como una consagración suprema del espíritu. En esta idea está basado todo su poema acerca de la naturaleza, y, aunque en lenguaje metafórico, es indudable que expresa sus más arraigados sentimientos cuando dice, hablando de sí mismo, que los caballos que llevan al hombre hasta donde el pensamiento alcanza, le habían conducido, acompañado de las vírgenes del sol, á las puertas del día y de la noche. Allí, Dice, la eterna justicia, que tenía en su poder las llaves de aquellas puertas, tomándole de la mano y dándole la bienvenida, habíale dicho que iba á conocer el intrépido espíritu de la verdad persuasiva y las opiniones de los hombres á las cuales no había que conceder entero crédito, etc.³)

¹) Por vía de aclaración para el joven lector, agregaremos que así como el matemático no atribuye las cualidades de un cuadrado á un sér cualquiera, sino que sostiene simplemente que todo lo que es cuadrado debe tener tales y cuales condiciones, así el filósofo, sacando consecuencias de la idea del sér, sólo puede afirmar que si el sér es verdadero, las consecuencias han de ser verdaderas también; por ejemplo, que lo que *es* no puede *llegar á ser*; pero, si hay algo en el mundo que *sea* en este sentido, es una cuestión imposible de resolver por medio de la idea de sér formada por el espíritu humano.

²) En los comentarios de Simplicio á la *Física* de Aristóteles, f. 31, b; v. 80 y ss. en Brandis, *Commentat. Eleaticae*. [v. 75 Mullach.]

³) Sexto Empírico, *Adv. mathematic.*, 7, 111. [*Bekker, p. 213.] Brandis, *Commentat. Eleaticae*, véase 1 y ss.

De aquí que el poeta comenzaba su poema con la exposición de la teoría del Sér puro, para pasar después á la explicación de los fenómenos naturales, que la Dice reveladora anunciaba en estos términos: «Aquí doy fin al razonamiento seguro y á la meditación sobre la verdad: ahora vas á oír las opiniones humanas y el engañador ornamento de mis palabras» ¹⁾. Evidentemente Parménides atenuaba de esta suerte con una especie de ironía, la tendencia de su obra; pues aunque en la segunda parte no se sujetara con rigor á sus ideas capitales, claramente se ve en los fragmentos que aún se conservan, que jamás su autor perdió de vista su propósito de armonizar en lo posible la *opini6n* que descansa en el testimonio de los sentidos, con la verdadera ciencia cuya fuente es la razon.

Al lado de este resplandeciente astro del panteísmo filos6fico, sus sucesores, demasiado jóvenes aún en la 6poca á que aquí nos referimos, parecen estrellas de pequeña magnitud. Así, pues, nos contentaremos con hablar de *Meliso* y de *Zenon* haciendo resaltar tan sólo lo que haya de original en su tendencia filos6fica. Nacido el primero en Samos, se distinguió como buen general en la obstinada y heroica defensa de su ciudad natal contra los atenienses, hacia el año 1 de la 85.^a Olimpiada, 440 a. Chr., y por haber derrotado la escuadra ateniense en ausencia de Pericles ²⁾. Meliso fué discípulo fiel de Parménides, cuyas teorías tradujo en prosa jónica, haciendo más comprensible la dialéctica de Parménides encerrada en la estrechez de las formas poéticas ³⁾. El

¹⁾ [Según Stein, los fragmentos de Parménides *περὶ Φύσεως*, en los *Symbola philolog.*, Bonn, p. 793, formaban los versos por Simplicio citados, el principio de la segunda parte del poema de Parménides τὰ πρὸς δόξαν ὁ τὰ δοξαστά; mientras que el de la primera parte era τὰ πρὸς ἀληθείην ὁ ἀληθείη, con lo que queda en duda si estas indicaciones eran de Parménides ó fueron posteriormente agregadas á su poema.]

²⁾ [Plutarco, *Pericles* C. 26.]

³⁾ Para dar idea de su estilo, traducimos á continuación un fragmento de Melisso, en Simplicio, comentarios á la *Física* de Aristóteles, f. 22, b.: «Si nada existiese, ¿qué podría afirmarse como cosa existente? pero si algo existe, ó es cosa producida ó es eterna. Si es producida, procede de cosa que existe ó de cosa que no existe. Pero es imposible que una cosa nazca de otra que no existe, porque no pudiendo nacer nada de lo que no existe, mucho menos podrá nacer así la existencia absoluta τὸ ἀπλῶς εἶναι. De igual suerte lo que existe no puede nacer de lo existente, porque entonces sería y no podría llegar á ser. Así, pues, lo existente no puede cambiar, y por consiguiente es eterno.»

segundo, Zenon de Elea, amigo y discípulo de Parménides, desarrolló igualmente la doctrina de éste, en una obra en prosa cuyo principal objetivo era justificar la separación entre las especulaciones filos6ficas y las opiniones vulgares (δόξα), poniendo de relieve los absurdos que se desprendían de las ideas de movimiento, de variedad y de nacimiento, enfrente de la teoría del sér único y universal. Sin embargo, estos mismos sofismas, por seriamente que él los aventurase, demuestran con cuanta facilidad la inteligencia cae envuelta en sus propias redes, si considera como cosas reales sus propias abstracciones ¹⁾. Los Eleáticos, por su parte, no tenían más que argumentar con la misma habilidad é intención contra la teoría del sér único y universal, para probar que era igualmente absurda.

Antes de pasar de los Eleáticos á los filósofos á quienes se dió el nombre de Itálicos, mentaremos á un siciliano cuyas cualidades personales y doctrinas filos6ficas revisten un carácter tan original, que no se le podría incluir con propiedad en ninguna de las sectas filos6ficas, pues influyeron precisamente en sus ideas las opiniones de los Jónicos, de los Eleáticos y de los Pitagóricos ²⁾. *Empédocles* de Agrigento no floreció en una época tan remota como inducen á creer las noticias biográficas que de él tenemos, según las cuales se le supondría contemporáneo de Epiménides y de Abaris. Hijo de Meton ³⁾, sábase que floreció hacia la 84.^a Olimpiada, 444 a. Chr., y que tomó parte en aquella época en la fundación de la colonia de Turii, realizada por casi todas las tribus helénicas con unánime entusiasmo y grandes esperanzas, en el emplazamiento mismo de la destruída Sibaris. Según Aristóteles, era Empédocles contemporáneo de Anaxágoras ⁴⁾, pero cree que sus escritos salieron á luz antes que los del

¹⁾ Así cuando Zenon para combatir la existencia del espacio (pues la impugnaba con objeto de demostrar que el movimiento no es más que una ilusión), raciocinaba de este modo: si el espacio existe, debe estar en alguna parte; por consiguiente, existirá otro espacio que contenga al primero, no paraba mientes en que la idea de espacio había sido concebida para responder á la pregunta ¿dónde? pero no á la pregunta ¿qué?

²⁾ Platon en el importante pasaje *Sophist.*, p. 242, coloca en la filosofía las *Ἰάδες καὶ Σικελαὶ Μοῦσαι* relacionando las *Σικελαὶ* con Empédocles.

³⁾ Anteriormente existió otro Empédocles, padre de Meton, vencedor en las carreras de caballos en los juegos olímpicos de la 71.^a Olimpiada.

⁴⁾ [*Metafísica* A, 3, p. 984, a 11. Es digno de nota el testimonio de Glauco en Apolodoro, citado por Diógenes Laercio, 8, 52.]

filósofo de Clazomene. Empédocles gozaba de gran predicamento entre sus compatriotas de Agrigento, y á lo que parece también en los demás Estados dóricos de Sicilia; reformó la Constitución de su ciudad natal aboliendo el Consejo oligárquico de los Mil con tanta satisfacción del pueblo, que se asegura le ofreció éste la dignidad real. Pero lo que mayor gloria le conquistó fueron las mejoras que supo introducir en la situación topográfica y en las condiciones climatológicas de comarcas enteras. En Selino dió salida á las aguas estancadas que con sus emanaciones inficionaban la atmósfera, haciendo pasar dos riachuelos á través de los pantanos; y todavía existen hermosas medallas de Selino que recuerdan aquel hecho ¹⁾. En otro lugar, levantando grandes construcciones á la entrada de estrechos valles, protege á una ciudad contra vientos perniciosos, y recibe por esto el calificativo de *κωλυσανέμας* (torcedor del curso de los vientos) ²⁾. Empédocles á veces no se curaba de disimular que tenía conciencia de sus extraordinarios talentos y de su superioridad poco común respecto de la mayoría de sus compatriotas; ni hay que maravillarse de que á los ojos de sus conciudadanos de la Sicilia pasara por un sér dotado de poder sobrenatural y de profético espíritu. Es indudable que semejante opinión difícilmente habría logrado hallar acogida entre los excépticos jonios siempre deseosos de descubrir las causas naturales de los fenómenos; pero los dorios de la Sicilia estaban aún demasiado habituados á relacionar con la antigua fe de sus padres cuantos acontecimientos y fenómenos se ofrecían á su vista y á juzgarlos con arreglo al espíritu de sus tradiciones religiosas.

El poema de Empédocles acerca de la naturaleza, llevaba, lo mismo en la majestad de su estilo épico que en todo su contenido, el sello de una imaginación exaltada. En el exordio, el filósofo declaraba que por una verdadera fatalidad, en virtud de una antigua sentencia de los dioses, cualquiera de los seres divinos de larga vida que, en un momento de aberración de sus sentidos, man-

¹⁾ Véanse los *Annali dell' Instituto di corrisp. archeologica*, 1845, p. 265. [Reproducidas están estas medallas en la colección de fragmentos de Empédocles, publicada por Karsten. Análogos hechos se atribuyen al contemporáneo y compatriota de Empédocles, el médico Acron, del cual hablaremos más adelante.]

²⁾ *Empedocles Agrigentinus, de vita et philosophia eius exposuit, carminum reliquias collegit* de Sturz, Lipsiae, 1805. [Véase además *Empedoclis Agrig. Fragm. disp.* H. Stein, Bonn., 1852.]

chase sus manos con sangre, sería condenado á andar errante por espacio de treinta mil estaciones lejos de los inmortales. El mismo Empédocles se consideraba á sí propio como desterrado del cielo, por haber cometido un asesinato ¹⁾. Así como desde la época heroica de la Grecia el homicida fugitivo debía purificarse expiando su culpa, así también un dios expulsado y desterrado á un cuerpo humano, necesitaba purificarse para poder volver á su puro y sublime origen; y esta purificación suponíase que la había alcanzado componiendo el poema que á causa de esto mismo recibió el nombre—en todo ó en parte—de «Cantos de purificación» (*καθαρμοί*) ²⁾. Siguiendo la teoría de la metempsícosis, Empédocles creía que después de haber sido expulsado del cielo, había pasado sucesivamente por los estados de arbusto, de pez, de pájaro, de mancebo y de doncella, y que las potencias «que guían á las almas» le habían conducido á la oscura caverna de la tierra ³⁾, desde donde pasaría á recobrar la dignidad de dios, como los cantores, los profetas y demás bienhechores de la humanidad. Su teoría de que *Amor* es el que formó el mundo, fué probablemente revelada al poeta por la musa que invocaba, como secreto cuyo conocimiento había delibrarle de toda influencia de la perniciosa discordia, y que podía purificarle de cuantas manchas hubiera ésta dejado en su alma ⁴⁾.

¹⁾ *Fragm.* en Plutarco, *De exilio*, c. 17 (p. 607) t. I, p. 49, en Sturz V. 3 y ss.

²⁾ [Este pasaje debe ser corregido, teniendo en cuenta lo que sobre el particular afirma Stein, *op. cit.*, p. 12 y ss., consignando que los *Φυσικά* posteriormente divididos en tres libros, son diferentes de los *Καθαρμοί*.]

³⁾ De este modo deben relacionarse los versos 362 y 363 con el 9 de Sturz (de Diógenes Laercio, 8, 77 y en Porfirio, *De Antro nymph.*, c. 8) [383, 384 y 392 en Stein.] *Véanse *Quaest Empedocli. spec.* 2 scr. Mulachius, Berlin, 1853, p. 15 y ss.

⁴⁾ Esto mismo demuestra el pasaje de los comentarios de Simplicio á la *Física* f. 34, V. 52 y ss. en Sturz [80 y 81 de Stein]:

καὶ φιλότης ἐν τοῖσιν, ἕση μήκος τε πλάτος τε,
τὴν σὺ νόω δέρκευ, μηδ' ὄμμασιν ἦσο τεδῆπώς etc.

Lo mismo dice la musa al poeta: [9 y 10 de Stein];

σὺ οὖν, ἐπεὶ ᾧδ' ἐλιάσθης,
πεύσεαι· οὐ πλέον γε βροτεῖη μήτις ὄρωρεν,

Véase 331 de Sexto Empírico, *Adv. mathemat.*, 7, 122 y ss. (*Bekker, p. 217.) La invocación á la musa se encuentra en Sexto Empírico, *Adv. mathemat.*, 7, 124,

La doctrina de Empédocles acerca de la naturaleza tiene muchos puntos de contacto con la de los Eleáticos; así, se afirma que Zenon había comentado el poema de Empédocles, con lo cual quiere decirse, sin duda, que lo había reducido á los estrechos y rigurosos principios de la escuela de Elea. De igual suerte la filosofía de Anaxágoras que á su vez difícilmente habría podido nacer si la doctrina eleática del Sér eterno no hubiera venido á combatir la de Heráclito relativa á la corriente de las cosas, no era tampoco del todo extraña á la de Empédocles. Este negaba también la posibilidad de la creación y de la muerte, las cuales para él no eran sino combinación ó disgregación de partes respectivamente. Como los Eleáticos, suponía la existencia de un Sér eterno é imperecedero; pero este Sér era á sus ojos, desde su origen, un sér cuádruple, en cuanto en su composición entraban los cuatro elementos como principios fundamentales, á los que daba nombres sacados de la mitología: el fuego era Zeus, que todo lo penetra; el aire, Hera, que da la vida; la tierra (como sombría morada de los espíritus desterrados), Aidoneo; y el agua, dándole un nombre por él inventado, Nestis. Dos principios motores, positivo el uno, el amor que une y crea, y negativo el otro, la discordia que desune y destruye, regulan aquellos cuatro elementos. La discordia trastorna el estado primitivo del mundo, cuando todo se halla en reposo formando un globo, el divino *Spheros*, y entonces comienza una larga serie de transformaciones, por virtud de las cuales se va poco á poco formando el mundo actual. Empédocles describe y explica con gran ingenio la hermosa fábrica del universo, y penetra en el estudio de las cualidades de la superficie terrestre y de sus productos, explicando sus teorías por virtud de la combinación de los cuatro elementos con sus esencias divinas y las dos fuerzas motoras. Su genio le llevó hasta á presentir clara y distintamente descubrimientos reservados á la ciencia moderna. Así, por ejemplo, en su teoría de que las montañas y las rocas habían sido formadas por la acción de un fuego subterráneo ¹⁾, se ve un presentimiento de la teoría sostenida por los geólogos modernos, y las descripciones que hace de las formas groseras y gigantescas proporciones de los primitivos ani-

V. 541 y ss. (*Bekker, *op. cit.*) Véase Th. Bergk, *De Empedoclis prooemio*, Berlín, 1839 y Hollenberg, *Empedoclea*, Berlín, 1853.

¹⁾ Plutarco, *De primo frig.*, c. 19 (p. 953.)

males, casi inducirían á creer que conoció los restos fósiles del reino animal antediluviano ¹⁾.

Al pasar ahora al grupo de filósofos á quienes en Grecia se daba el nombre de *Itálicos* ²⁾, penetramos en la región más oscura de la filosofía griega, pues no tenemos noticia alguna de sus obras ni casi de sus personas. La personalidad de Pitágoras no está, sin embargo, tan envuelta en sombras que haya necesidad de suponer un Pitágoras antehistórico fundador de una especie de religión pitagórica, autor de la primitiva Constitución de las ciudades italianas, y celebrado en antiguas leyendas como maestro de Numa é iniciador de una civilización y de una filosofía antiguas en Italia ³⁾. Los primeros griegos que nombran á Pitágoras, Heráclito y Jenófanes ⁴⁾, no hablan de él como de un personaje fabuloso; Heráclito, especialmente, nos le presenta como un rival que en las investigaciones científicas procedía con método distinto del suyo. Merece también entero crédito la tradición generalizada en la antigüedad, según la cual Pitágoras, hijo de Mesarco, no había nacido en el país en que alcanzó tanta gloria, sino que emigró de la isla jónica de Samos, su patria, cuando ésta cayó bajo la tiranía de Policrates, para trasladarse á Italia en el año 4 de la 62.^a Olimpiada, 529 a. Chr. ⁵⁾.

Consecuencia lógica y natural de la diversidad de caracteres y de inclinaciones de las tribus helénicas, era que la filosofía que tiende á hacer independiente el espíritu, emancipándolo de tradiciones y librándolo de prejuicios, recibiese siempre el primer impulso de los jonios; y hasta puede afirmarse que la adquisición de la ciencia por virtud del propio esfuerzo, fué una idea puramente jónica. Los dorios, por el contrario, daban mayor valor

¹⁾ Véase muy especialmente Eliano, *Hist. Anim.*, 16, 29, en Sturz V. 214 y ss. [256 y ss. de Stein.]

²⁾ Llamábaseles así empleando la palabra *Italia* en su acepción más limitada, que no comprendía más que á los de Brucium y los de Calabria. De otra suerte no podría excluirse de la escuela italiana á los Eleáticos.

³⁾ Tal es la opinión de Niebuhr, véase *Römische Geschichte*, I, págs. 165 y 244 de la 2.^a edición.

⁴⁾ [En Diógenes Laercio, 8, 36.]

⁵⁾ Del sentido general del pasaje de Ciceron, *De Republica*, 2, 15, se infiere claramente que los cronólogos antiguos fijaron el año 4 de la 62.^a Olimpiada como el en que Pitágoras llegó á Italia; también se afirma que el año 1 de la misma Olimpiada fué el primero del reinado de Policrates. Véase el cap. XIII.

á las tradiciones de sus antepasados, á la religión y á las costumbres hereditarias que á sus propias especulaciones ¹⁾.

Verosímilmente Pitágoras, antes de pasar á Italia, era sobre poco más ó menos un filósofo de la categoría de Tales y de Anaximandro: un genio investigador que daba gran importancia á la experiencia, y que según todas las probabilidades, unía al estudio de las matemáticas que nació en Jonia, el de las ciencias naturales, y vastos conocimientos que trataba de ampliar por medio de los viajes ²⁾. Heráclito le coloca entre los eruditos sabios, y dice: «Pitágoras, hijo de Mesarco, es de todos los hombres el que más se ha consagrado á la investigación, y ha adquirido ciencia, erudición y perniciosa agudeza» ³⁾. Pero una vez que el filósofo jónico se halló en Crotona en medio de un pueblo compuesto de dorios y de aqueos, é hizo nuevos prosélitos en las ciudades dóricas vecinas, es muy difícil determinar si predominaron en él las tendencias del filósofo de Samos, ó el carácter de los ciudadanos de Crotona y de las poblaciones limítrofes que habían recibido sus enseñanzas. Es, sin embargo, de todo punto indudable, que las especulaciones sobre la naturaleza de las cosas, emanadas del puro y desinteresado amor al conocimiento de la verdad, no podían hallar allí terreno propio y favorable, lo cual explica perfectamente por qué Pitágoras y sus discípulos consagraron sus esfuerzos todos á mejorar la vida práctica, y muy particularmente á regular las instituciones políticas, según los principios generales del orden social. Es de igual suerte cierto que las ciudades de la Italia meridional, Crotona, Caulonia, Metaponta y otras, gozaron de gran prosperidad durante algún tiempo bajo el régimen de asociaciones pitagóricas, y se hicieron temibles por su poder, á los demás Estados. Y aunque después de la destrucción de Sibaris por los Crotoniatas (año 3 de la 67.^a Olimpiada,

¹⁾ [Véase O. Müller, *Dorier*, vol. 2, p. 368 y 369. Vol. 2, p. 383 y 384.]

²⁾ No puede citarse, sin embargo, como testimonio irrecusable de que Pitágoras adquiriese en Egipto todos sus conocimientos científicos, el § 28 del *Busiris* de Isócrates, porque el Busiris no es más que una obra retórica y sofística, en la cual no se respetaba la verdad histórica.

³⁾ Πυθαγόρης Μνησάρχου ιστορίην ἤσκησεν ἀνδρώπων μάλιστα πάντων... ἐποίησεν αὐτοῦ [ἐποίησεν ἑωυτοῦ, según Cobet] σοφίην, πολυμαθίην, κακοτεχνίην. Diógenes Laercio, 8, 6. *ιστορίη* en dialecto jónico significa investigación basada en una serie de preguntas. [Véase Schuster, Heráclito en Ritschl, *Acta societ. philol.*, Lipsa, p. 64.]

510 a. Chr.) las discordias surgidas entre el pueblo y la nobleza con motivo de la distribución de aquel territorio produjeron una violenta persecución contra los Pitagóricos, más tarde de nuevo volvieron á encontrarse al frente de las ciudades italianas. Archytas, por ejemplo, contemporáneo de Sócrates y de Platon, administró con gran aplauso la ciudad de Tarento ¹⁾. Las pruebas de la actividad y genio de Pitágoras han de buscarse, no en sus escritos, pues no tenemos noticia de ninguno de ellos, ni siquiera de un solo fragmento que pueda parecer auténtico, sino en las lecciones públicas, en sus discursos, á menudo también en simples sentencias concisas y simbólicas que sólo comunicaba á sus amigos y confidentes, y en la organización, en fin, de las asociaciones pitagóricas y su régimen de vida. No conservamos, en efecto, noticia de ningún escrito de Pitágoras ni de fragmento alguno con visos de autenticidad; las obras que se le atribuyen, como por ejemplo, la Sagrada revelación (*ιερός λόγος*), pertenecen en su mayor parte á los Orficos teólogos que se dieron á imitar á los Pitagóricos, y cuyas conexiones con los verdaderos discípulos de Pitágoras dejamos ya indicadas (cap. XVI). El fundamento de la filosofía pitagórica, esto es, la teoría de que la esencia y la fuerza de todas las cosas descansan en una proporción aritmética; que el mundo existe por la armonía y la conformidad de sus diversos elementos; que —como los Pitagóricos decían— los *números* son el principio de todo cuanto existe, debió ser propalada por el fundador de aquella escuela, que unánimemente la profesó. Pero el desenvolvimiento ordenado y científico de tal doctrina en obras escritas en dialecto dórico, como la encontramos en los fragmentos de Filolao (hacia la 90.^a Olimpiada, 420 a. Chr.) ²⁾ que han llegado hasta nosotros,

¹⁾ Parece que después de Archytas los Pitagóricos fueron segunda vez expulsados de Italia, y que entonces fué cuando Lisis el pitagórico se refugió en Tebas, donde fué maestro de Epaminondas. Las burlas que se hicieron de los Pitagóricos y de los Πυθαγορίζοντες por su extraña manera de vivir pertenecen todas á la comedia media y á la nueva, esto es, á una época posterior á la 100.^a Olimpiada; antes no se conocieron en Grecia filósofos de esta secta. Meineke, *Quaestiones scenicae*, I, p. 24.

²⁾ [La autenticidad de los fragmentos de Filolao, que desde Böckh, *Philolaos des Pythagoreers Leben nebst den Bruchstücken seiner Werke*, Berlin, 1819, era universalmente reconocida, ha sido combatida después por Schaarschmidt, *Die angebliche Schriftstellerei des Philolaos*, Bonn., 1864. Sus argumentos no son, sin embargo, aplicables á todos los fragmentos que corren con el nombre de Filolao,

pertenece á una época posterior. Esta teoría, según la cual la esencia de las cosas no consiste, como creían los Jonios antiguos, en una sustancia animada, ni en la unión del espíritu con la materia, como juzgaban los jonios modernos, sino que por el contrario está en la forma, cuya regularidad depende de ciertas determinadas proporciones, y es por sí misma un principio creador; esta teoría, decíamos, halló su principal apoyo en los estudios *matemáticos* transportados á Italia por Pitágoras, y que habiendo echado en este territorio fuertes y profundas raíces, no tardaron en ser un factor importante de la educación. No menos fuerte sostén halló la citada doctrina en el cultivo de la música, doblemente propicio al desarrollo de las ideas pitagóricas: bajo el punto de vista teórico, porque en la fuerza de los tonos veíanse claramente los efectos de las proporciones numéricas; y bajo el punto de vista práctico, porque el canto acompañado de la cítara, según costumbre, era el más á propósito para producir la tranquilidad y el reposo del alma, que los Pitagóricos miraban como el supremo fin de la educación del hombre.

especialmente si se reflexiona en que las citas aducidas no siempre son exactas, sino que sólo son pensamientos de Filolao, expresados en fórmulas filosóficas de época posterior.]

CAPÍTULO XVIII.

Historiografía.

Es verdaderamente extraño que un pueblo tan culto y tan inteligente como el griego no llegara á sentir sino muy tarde la necesidad de consignar con exactitud sus empresas en la paz y en la guerra.

El Oriente tenía sus crónicas y sus anales desde los tiempos primitivos. El Egipto poseía una historia que se remontaba á la época más lejana, y fundada no en materiales mitológicos, sino en datos cronológicos y precisos, como lo demuestran los fragmentos que hasta nosotros han llegado de la obra de Maneton ¹⁾. Los mismos monumentos por medio de sus esculturas, cuya significación explicaban las inscripciones, ofrecían una historia sintética de los sacerdotes y de los reyes, confirmada por nombres y números, que esperamos poder descifrar por completo algún día. El reino de Babilonia conservaba también una historia antiquísima de sus monarcas, que Beroso, como Maneton la egipcia, comunicó á los griegos ²⁾. Cuéntase en el libro de Esther que el rey Asuero hizo inscribir los nombres de los bienhechores de su corona en una crónica ³⁾ que se hacía leer en sus noches de insomnio; lo mismo se hizo muchos siglos antes en las cortes de Ecbatana y de Babilonia. Las esculturas antiguas del Asia central tienen también un carácter histórico como las del Egipto y re-

¹⁾ Maneton, gran sacerdote de Heliópolis en Egipto, escribió en tiempos de Ptolomeo Filadelfo (284 a. Chr.) tres libros intitulados *Aegyptiaca*.

²⁾ En tiempo de Antioco Teos (262 a. Chr.) Beroso de Caldea escribió una obra intitulada *Babylonica* ó *Chaldaica*.

³⁾ βασιλικαὶ διαβήραι, de los cuales tomó sus noticias Ctesias, Diodoro, 2, 32.